

The end of the Fourth Age

por Juan Carlos Pereletegui Jornet

Accésit del Jurado, Premios Gandalf 2006



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



Gólem is an inductive logic programming algorithm developed by Muggleton and Feng. It uses the technique «relative least general generalization» proposed by Plotkin. Therefore, only positive examples are used and the search is bottom-up.

From Wikipedia, the free encyclopedia

Entrevista de trabajo

—Yo soy un genio.

Sí, ya sé que esta afirmación suena siempre algo presuntuosa, pero mi caso es una excepción. Yo puedo decirlo porque realmente lo soy.

—Para una persona que acaba de cumplir condena por piratería informática suena presuntuoso.

Incliné la cabeza y miré a mi interlocutor, entrecerrando los ojos, se lo había visto hacer a Bogart en muchas pelis y funciona.

El gordo seboso que estaba sentado al otro lado de la mesa se estremeció un poco y agachó los hombros.

—No quise ofenderle señor Balaclava.

Funcionaba. Ojalá hubiera tenido un pitillo a mano para exhalar una humareda por las narices cual dragón medieval y ocultarle tras una nube gris. Pero fumar me da tos y me deja mal sabor de boca. Me conformé con hacer un gesto despectivo con la mano. No era muy Bogart pero me daba aire de hombre de mundo.

—No ofende quien quiere sino quien puede —¡ahí, ahí, duro!—. Mi trabajo en aquel asunto fue impecable y si acabó como acabó no fue por fallos míos sino por culpa de los cretinos que me contrataron —volví a mirarle con los ojos entrecerrados— y no quiero que eso vuelva a pasar, señor Orondo.

El tal Orondo se encogió más todavía y prácticamente murmuró su respuesta.

—Esta vez no tiene que preocuparse, el trabajo que le ofrezco no es ilegal, al menos no en este país, pero es ciertamente... Inusual...

Me acomodé en el asiento.

— ¿Paga bien?

Por primera vez el orondo se creció y en sus ojillos brilló un punto de superioridad. Si los que me lo habían recomendado estaban en lo cierto, aquel tipo estaba podrido de dinero y era mejor no dejarse engañar por su aspecto de alelado.

—Deme lo que quiero y ponga usted el precio. Pero le advierto que no será sencillo, no le engañaré, no es usted el primero que se sienta en esa silla, todos sus predecesores aseguraron que mi sueño es imposible.

—No hay nada imposible para mí, ya se lo he dicho: soy un genio. Cuando yo silbo, los ordenadores bailan, usted sólo elija el paso. ¿De qué se trata? ¿Quiere hackear los ordenadores de La Casa Blanca? —Es lo primero que me ofrecen todos los chalados como este.— ¿No? ¿Los del Pentágono? —Eso es lo segundo— ¿Colapsar el tráfico aéreo mundial? ¿Controlar la lanzadera espacial? ¿Hundir Wall Street? Para esto le hago un precio de amigo...

El gordo seboso movía de un lado a otro su cabezota fofa y blanca, frunciendo los labios delgados y pálidos en un mohín muy desagradable. Me cansé de hacer suposiciones. Orondo tardó unos instantes en romper el silencio.

—Sin duda conocerá «El Señor de los Anillos».

Volví a mirarle con la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados. Arrojé una nube de humo virtual contra aquella cabeza mantecosa. Pero esta vez me aguantó la mirada e incluso irguió la espalda, retándome.

—El señor de los piojillos le llamábamos en la trena, sí, lo conozco, me dio tiempo a que estrenaran las tres partes y hasta para que las pusieran en el cine de la cárcel.

—¿Sólo lo conoce por las películas? —parecía desilusionado— ¿Nunca intentó leer el libro?

—¿Por quién me ha tomado? ¿Por uno de esos frikis descerebrados que van por ahí disfrazándose de mamarrachos y hablando en arameo?

— ¡En élfico, señor Balaclava! —las mejillas se le tintaron—, en élfico o en cualquiera de los varios lenguajes que Tolkien inventa para su obra —había una chispa de esperanza en sus ojos—. Parece que conoce algo del mundillo, a pesar de todo...

— ¿A qué se refiere?

—Pues a todo lo que rodea la obra literaria en sí: los juegos de rol, los aficionados, los clubes Tolkien, las estelcones...

—No sé de qué me está hablando, pero en la cárcel había unos cuantos a los que el asunto les dio de lleno y se disfrazaban de cosas rarísimas, claro que... ¡a saber lo que se habían metido antes de acabar en el talego!

El orondo parecía realmente desilusionado.

—En ese caso creo que esta conversación carece de sentido... permítame que le ofrezca una indemnización por el tiempo que me ha dedicado... lamento sinceramente haberle distraído de sus ocupaciones.

Me enderecé realmente sorprendido, no me esperaba aquello. Había pensado que lo del señor de los pelillos era una distracción antes de entrar al tema importante, ni se me había pasado por la cabeza que aquél pudiera ser el tema.

—No se precipite y sigamos hablando—intenté una mirada cálida, como las de Bogart a la Bacall, pero creo que esta vez no funcionó; a pesar de todo continué—: llevo muchos años de profesión y si algo he aprendido es trabajar en cosas de las que no tengo ni la más remota idea. ¿Usted sabe lo que quiere? ¡Estupendo! Me lo explica y yo se lo hago, así de sencillo. ¿Por qué no suelta de una vez lo que lleva en la cabeza?

El orondo se removió inquieto, como si dudara de lanzarse, pero al final se decidió.

—«El Señor de los Anillos» no es más que un episodio de una tradición legendaria que Tolkien tenía en su mente y que para la ficción se supone recogida en una obra desaparecida: «El Libro Rojo de la Frontera del Oeste». Mi objetivo es dar vida a ese mundo.

—Es un buen tema para una realidad virtual.

Esta vez fue Orondo el que se puso rígido.

—No, señor Balaclava —respondió endureciendo la voz—, esa simpleza de adolescente es lo que suponen todos los que pasan por este despacho. ¿Cómo pueden ser tan cortos de vista? ¿Tan escasas son sus fantasías? ¿Perdieron la imaginación y la curiosidad al comenzar a masturbarse? ¿No les avergüenza vivir vidas tan vacías, carentes de sentido, inútiles en todos los aspectos? ¿Tienen bastante con pacer y follar? —A cada frase yo me encogía un poco más, el orondo estaba lanzado, el rostro se le enrojecía por momentos—. Se levantan cada mañana, se ponen la máscara del día y salen a la calle, apáticos, a ocuparse de sus asuntos, de sus mezquinos, cotidianos y rutinarios asuntos... sin más miras que saciar la barriga y lo que sea que lleven debajo. Al final del día regresan a sus madrigueras y desconectan ese remedo de cerebro sin haber dedicado ni un instante, ni un pensamiento, ni un deseo tan siquiera, a la Tierra Media —sonó como el Papa refiriéndose a los Santos Evangelios— ni al «Libro Rojo de la Frontera del Oeste».

Levanté la cabeza levemente, parecía que la tormenta había pasado, respiré intentando no hacer ruido.

—Métase su realidad virtual donde le quepa señor Balaclava —volví a esconder la cabeza entre los hombros—. Yo quiero conocer la historia completa de la Tierra Media, lo que Tolkien nunca escribió, el «Libro Rojo» inhallado y sólo hay una manera de conseguirlo: dar vida a la Tierra Media, vida cibernética, digital, de silicio, como la quiera usted llamar, pero vida, vida real a seres reales en un mundo real.

—Ahora nos vamos entendiendo —respondí poniéndome la máscara de HombreDeNegociosResponsableComprometidoConSuCliente.

Allí había tajada.

Primeros pasos

—Un balrog —murmuró Gandalf— ¡Lo que me faltaba! ¡Eh! ¡Vosotros! — gritó girándose—, no os vayáis. Estoy muy cansado, yo sólo no puedo con él.

El resto de la Compañía del Anillo que ya se alejaba a la carrera del puente de Khazad-Dûm, frenó en seco. Se miraron unos a otros, dudando unos instantes, y echaron a correr de nuevo, más ligeros si cabe ante la vista del balrog; todos menos Aragorn que permaneció indeciso en la ribera del abismo de fuego. Volvió al fin sobre sus pasos al tiempo que desenvainaba con desgana a Andúril. Más atrás, Boromir miró por encima del hombro y al ver a Aragorn dirigirse en ayuda de Gandalf murmuró una maldición. «Ese maldito siempre intenta ponerme en ridículo. ¡Pero no lo conseguirá! Yo valgo mucho más que él, yo debo ser el rey!».

—No puedes pasar —dijo Gandalf con voz mesurada, dirigiéndose al balrog—, debes entenderlo, si quieres nos sentamos tranquilamente y lo hablamos. Este es un buen sitio y mis viejos huesos se encuentran fatigados.

Por toda respuesta el balrog chasqueó en el aire sus colas de fuego provocando una lluvia de chispas sobre Gandalf y Aragorn y alcanzando, incluso, a Boromir que en ese momento llegaba al puente. Este tuvo un momento de duda cuando las brillantes centellas amenazaron con prender sus ropas, pero viendo que Aragorn no se inmutaba, sacó ánimos de la envidia que le corroía y se situó junto a Gandalf, desenvainando su espada.

El balrog lanzó una llamarada de fuego por la nariz, mientras una sombra se desplegaba desde su espalda como unas alas gigantescas y se curvaba hacia delante, amenazando con envolver a los defensores del puente.

— ¡No debes hacer eso! —le reprochó Gandalf—. Te estoy dando una oportunidad de resolver esto como seres razonables...

— ¡Maldita sea! ¿Qué demonios es esto?

La imagen de Gandalf intentando negociar con el balrog se congeló en la pantalla. Balaclava se giró para contemplar al orondo que se despojaba violentamente del equipo de realidad virtual, arrojando gafas, guantes y todo tipo de complementos contra la consola de ordenadores.

— ¿Qué demonios de Gandalf ha construido usted? ¿En qué cabeza cabe que Gandalf se ponga a negociar con el balrog como un mercachifle de tres al cuarto?

— Yo sólo diseño la infraestructura de base —se defendió Balaclava—, la construcción caracterológica de cada personaje le corresponde a usted. Usted es el dios de este invento y cada personaje será lo que usted decida.

— Déjese de monsergas. Ese viejo blandengue y melindroso que he visto sobre el puente de Khazad-Dûm es obra suya ¡no mía!

— ¡Imbécil del demonio! —estalló Balaclava— ¡Se lo explicaré una vez más! Cada personaje es un sistema experto bayesiano, eso significa que yo construyo la red probabilística, elijo los rasgos de la personalidad y los relaciono de acuerdo a las influencias causales que usted me señala, pero eso no es más que un modelo blanco, no tiene comportamiento. El alma se la da usted cuando asigna un peso, una probabilidad, a cada una de las influencias causales. Sólo cuando todos los caminos de la red bayesiana están cuantificados probabilísticamente, y sólo entonces, el algoritmo de razonamiento aproximativo es capaz de generar decisiones acumulativas que acaben derivando en un comportamiento incierto, no determinista. En ese momento los gólems digitales se convierten en auténticos seres vivos, con libre albedrío y capaces de evolucionar.

Balaclava tomó aire y tecleó algo antes de seguir.

— Si Gandalf se ha comportado como lo ha hecho ante el balrog es porque usted asignó un peso excesivo a las influencias causales que conducen hacia los nodos de la red que controlan la respuesta dialogante. ¡Mírelo, aquí está!

El índice de Balaclava apuntaba como una lanza hacia una línea de la pantalla.

— Ha asignado pesos por encima del ochenta por ciento aquí —el dedo se desplazó varias líneas más abajo—, aquí —pasaron tres pantallas llenas de texto y números que para Orondo no tenían ningún significado— y aquí.

»Eso ha creado pasillos probabilísticos que provocan que Gandalf intente solventar prácticamente todos sus problemas mediante la conversación e incluso, ¡fíjese, fíjese!, mire la influencia causal sesenta y seis cuarenta y ocho: tiene un peso del

noventa y cinco por ciento, eso es una puerta abierta hacia los nodos suplicantes. Si continúa diez segundos más en el modelo, hubiera visto a Gandalf arrodillándose ante el balrog.

— ¡Antes le estrangulo a usted con mis propias manos! —rugió el orondo—. Supongo que me dirá que la reluctancia de Aragorn, la mezquindad de Boromir y la cobardía del resto de miembros de la Comunidad del Anillo, también son culpa mía.

Balaclava se encogió de hombros mientras sus dedos se movían por el teclado. Luego señaló unas cuantas líneas en la pantalla.

— Si cree que los gólems no se comportan adecuadamente, debe revisar los pesos asignados a las influencias causales que provocan ese comportamiento. Supongo que debe bajar el peso de los caminos que llevan a la envidia en Boromir y a la soberbia en Aragorn.

La furia del orondo parecía haberse disipado tan pronto como había llegado.

— ¿Y para que los miembros de la Comunidad del Anillo sean más valientes?

— Hay que actuar sobre cada uno de ellos —los dedos volaron sobre el teclado—, por ejemplo, esta es la red bayesiana de Frodo —pasaron rápidamente pantallas saturadas de datos—, estas son las influencias causales asociadas a los nodos que controlan las subrutinas de comportamiento valeroso. Los pesos son bastante bajos, la media del sector es... —utilizó el ratón para desplegar el menú y activar una opción— de menos del treinta por ciento.

— ¿Pero cuánto habría que subirlos?

— Eso sólo lo puede saber usted; ahora mismo, Frodo está muy cerca de la cobardía total y todo lo que pase del ochenta por ciento, será una mezcla de Superman y Capitán América. Usted elige.

El Orondo se mordió los labios.

— Está bien, súbalo a cuarenta y cinco, Frodo es valiente, pero sin pasarse.

— No es tan sencillo, no es un valor único, hay casi doscientas influencias causales en esta parte de la red, hay que revisar los pesos de cada una de ellas.

»Por ejemplo: “Respuesta violenta ante amenaza física insignificante”. Tiene un peso del dos por ciento, podríamos subirlo un poco, al seis por ejemplo —Orondo asintió sin saber muy bien las consecuencias de todas aquellas decisiones minúsculas—. Sigamos, “Respuesta violenta ante amenaza física leve”...

— ¡Ah! —exclamó el Orondo como si de pronto recordará algo— y cámbiele los ojos a Frodo, si vuelvo a verle con esos ojos de carnero degollado le pego fuego a todo el maldito sistema.

Olga

La oferta de trabajo me había llegado susurrada por un colega que se apiadó de mí. La anodina dirección de correo electrónico produjo unos frutos inesperados: una cita en un remoto país de Europa oriental y una generosa asignación para gastos de viaje. La policía aún no me había retirado el pasaporte, pero sólo era cuestión de tiempo.

En el aeropuerto me recogió un chofer al que no logré sacarle más que «I do not understand», una y otra vez. Llegamos al anochecer, después de varias horas de viaje, a una gran casa solariega,alzada en una apartada comarca boscosa. Era evidente que el edificio había sido completamente reformado. El chofer me dejó en manos de una mujer afable que hablaba mi idioma y que me invitó a pasar.

Antes de entrar di una vuelta en redondo. La casa se hallaba en perfecta comunión con el bosque que se iniciaba a pocos metros, al final de una pradera bien cuidada, sin cerca ni valla que estableciera límites. Por detrás de los árboles centenarios asomaban las cumbres de un macizo montañoso, inundadas de oro por la luz del atardecer.

— Es un lugar maravilloso —dije.

— El señor Orondo es un enamorado de la naturaleza, es dueño de gran parte de la comarca y está muy empeñado en su protección.

Seguí a la mujer al vestíbulo, ella abrió con llave la puerta de un ascensor y descendimos bastantes metros. Abajo había un pasillo funcional, que podría ser de cualquier edificio de oficinas.

— Pase por favor —me indicó la mujer, sin abandonar el ascensor—. Siga el pasillo hasta el fondo y entre en el último despacho de la izquierda. El señor Orondo llegará enseguida.

Ante mi extrañeza la mujer se sintió obligada a explicarse.

— Esta es la zona restringida. Nadie de la casa puede salir de este ascensor.

El despacho estaba vacío y la espera se alargó más de lo que había dicho la mujer. Estaba nerviosa y preocupada, todo el secretismo que rodeaba aquel asunto era inquietante, pero en mi situación, no tenía muchas opciones.

El tal Orondo resultó ser un tipo gordo y fofo que llegó acompañado de otro, delgado como un palo, cara alargada y pelo cortado a cepillo.

— Balaclava —dijo Orondo—, le presento a la doctora Olga Pigariova.

Me puse en pie para estrecharle la mano y el tal Balaclava se quedó pasmado.

«Otro cretino más» pensé.

Saltando barreras

Yo venía de trabajar en el gólem de Éowyn, «Tenía un rostro muy hermoso y largos cabellos que parecían un río dorado. Alta y esbelta era ella en la túnica blanca ceñida de plata; pero fuerte y vigorosa a la vez, templada como el acero, verdadera hija de reyes.»

Cerré la boca al notar que empezaba a babear.

— ¿Cuál es su especialidad, doctora? —conseguí preguntar después de restablecer el control de mis funciones básicas.

— Soy neurocirujana.

— La doctora ha desarrollado una nueva generación de implantes neuronales —intervino Orondo—, fundamentales para el proyecto. Doctora, por favor, si fuera tan amable de poner a Balaclava al corriente de su trabajo.

Yo hubiera preferido que me hubiera puesto al corriente de otras cuestiones menos formales.

— Los implantes por los que se ha interesado el señor Orondo —respondió Olga— estimulan la corteza somatosensorial del cerebro, en la cual se localizan los focos receptores de todos los sentidos, incluida la sensibilidad propioceptiva...

— ¿Cómo ha dicho? —yo ya me había perdido.

— La sensibilidad propioceptiva —me aclaró Pigariova con cierto desdén—, controla el sentido del equilibrio y la posición de nuestro cuerpo en el espacio. Todos los nervios sensoriales alimentan el input de esta región del cerebro, que se encarga de convertirlo en sensaciones conscientes y a la inversa, sus neuronas especializadas traducen la respuesta, elaborada en el lóbulo frontal anterior, generando un output hacia el sistema muscular, transformando nuestros deseos en movimiento, por decirlo de una forma sencilla.

Yo la escuchaba prendado de sus ojos azules, pero mis preguntas iban dirigidas a Orondo.

— ¿Cómo piensa utilizar esos implantes?

— La doctora Pigariova ha trabajado en la decodificación de las señales nerviosas que entran y salen de la corteza somatosensorial y sus implantes desvían los flujos de input-output hacia un ordenador, convertidos en señales digitales.

— Puedo convertir los flujos de datos de un ordenador —agregó la doctora— en inputs de la corteza somatosensorial, de forma que el paciente vea, oiga, huelga, saboree y sienta lo que hayamos programado en el ordenador y puedo transformar sus outputs musculares, conscientes e inconscientes, en binario standard.

— Todo eso suena fascinante —y desconcertante, pensé, ya que revelaba un alcance insospechado en los planes de Orondo—, pero ¿qué se supone que vamos a hacer con ello? El proyecto está casi finalizado, los gólems, los seres virtuales —aclaré ante el gesto de extrañeza de Olga—, ya son entes independientes y el escenario de la Tierra Media está en las últimas fases de modelado. Dentro de poco podrá darle al botón, ponerse su traje de realidad virtual y seguir sus aventuras como un ser intangible y omnisciente.

Orondo dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

— ¡Intangible y omnisciente! ¿Usted se ha creído que he invertido millones en este proyecto para ser intangible y omnisciente?

«Quiero oler la Tierra Media, estrechar la mano de Aragorn, desmembrar orcos con la fuerza de mi brazo, cubrir la espalda de Legolas en Cuernavilla, ser actor y parte de la Cuarta Edad, asistir con mi propia carne y mi propio cuerpo al dominio del Hombre en la Tierra Media».

«Va usted a diseñar otro gólem más, un nuevo miembro de la Compañía del Anillo y conectará los putos nodos de la puta red a los cables que la doctora me va a pinchar en la cabeza».

Había terminado por acostumbrarme a los repentinos accesos de furia de Orondo, y ya no me impedían seguir pensando. Y cuanto más pensaba, menos me gustaba. Hasta ahora no habíamos hecho nada que justificara el secreto con el que Orondo llevaba todo aquel asunto. Miré fijamente a Olga Pigariova.

— ¿Por qué una investigadora de su nivel viene a trabajar en este proyecto? ¿Qué ocurre con esos implantes?

La tez blanquísima de la doctora enrojeció y bajó la vista, apurada.

— No es asunto suyo —gruñó Orondo—, dedíquese a los gólems.

Olga reaccionó.

— ¡Tiene derecho a saberlo! Recuerde que le puse esa condición, nadie que participe en el proyecto puede ignorarlo. —El sonrojo había desaparecido cuando clavó los ojos en mí— Los filamentos que se insertan en la corteza somatosensorial destruyen cierta cantidad de neuronas, es algo inevitable. En los primeros experimentos con ratones, los animales acabaron aislados de la realidad sensorial. Estuve atascada mucho tiempo, hasta que comencé a emplear células madre embrionarias para regenerar las neuronas dañadas por los filamentos.

Fuera de mi especialidad soy un ignorante, pero hasta yo sabía lo que eso significaba. Miré a Orondo.

— Que yo sepa, eso es ilegal.

— No en este país —afirmó él—. Esa fue la garantía que le di.

Asentí con la cabeza. Efectivamente, esa había sido la garantía y por otro lado, yo no tenía ninguna postura moral al respecto.

Fortinbras III Tuk

Orondo había decidido que el décimo miembro de la Compañía del Anillo sería un hobbit, el cual permanecería junto a Aragorn después del desastre de Parth Galen, su nombre sería Fortinbras, el tercero de ese nombre en la familia Tuk. Balaclava pasó varias semanas diseñando la red bayesiana y haciendo los ajustes necesarios para insertarlo en la Tierra Media. De acuerdo a las especificaciones de Orondo, se trataba un hobbit valeroso pero prudente, algo pagado de sí mismo y de la trascendencia de su familia en la Comarca, sentimiento que le llevaba a considerar que tenía la obligación de mantener el buen nombre de la familia Tuk. Su red bayesiana era sutilmente diferente del resto, ya que su comportamiento no era completamente autónomo sino que estaba sujeto a la voluntad de las decisiones de Orondo, sin embargo este control era relativo, puesto que Orondo no hubiera sabido desenvolverse en la Tierra Media. Balaclava se lo explicó en términos militares:

— Usted tomará las decisiones estratégicas, definirá los objetivos y las líneas generales de actuación, pero corresponde a Fortinbras establecer la táctica adecuada. Dicho de otra manera, en una situación concreta usted decide si esconderse o atacar, pero será el gólem quien elija el escondrijo o la forma del ataque.

Los primeros días de aquel nuevo tiempo, Balaclava apenas vio a Olga. Esta había escaneado el cerebro de Orondo y con su propio software generó un modelo

informático con el que practicaba incansablemente la operación. Sólo cuando estuvo en condiciones de realizar la intervención «incluso llena de vodka hasta las cejas», en sus propias palabras, preparó a Orondo. Balaclava ya había observado que la doctora bebía como una esponja, aunque el licor no parecía hacerle más efecto que el agua. Había algo en aquella mujer, como una segunda personalidad bajo su frialdad de investigadora, que tenía a Balaclava tan fascinado, o más, que su propia apariencia física.

La mansión disponía de un quirófano bien equipado, además se contrató a un equipo de anestesiólogos que trabajaría a distancia, a través de un sofisticado sistema de teleasistencia. La mujer que había recibido a Olga, junto con otros dos miembros del servicio, actuarían como enfermeras. Orondo garantizó que tenían la cualificación necesaria, lo cual demostraba que sus planes habían sido trazados con suficiente anterioridad. Durante treinta y seis horas, Olga conectó uno tras otro los millares de filamentos del implante. En todo ese tiempo apenas realizó un par de pausas, para comer y beber algo y atender las necesidades humanas más básicas. Cuando acabó, se puso «hasta las cejas de vodka» y durmió veinte horas seguidas.

Durante la convalecencia de Orondo, Balaclava terminó de insertar a Fortinbras III Tuk como miembro de la Compañía del Anillo. Olga estuvo casi todo el tiempo con él, ajustando la interface que conectaba los nervios sensoriales de Orondo con la realidad digital de Fortinbras.

La fascinación de Balaclava, que se incrementaba día a día, no soportó aquella sobredosis. Su trabajada máscara de cínico ex-presidario se rompió en mil pedazos y el auténtico Balaclava, el tímido hacker que acabó en prisión porque sus compañeros de fechorías le cargaron con el muerto, se enamoró como un adolescente. Acosaba a la doctora con requiebros bajados de internet y piropos empalagosos. Olga Pigariova sorteaba aquella catarata de romanticismo barato con humor no exento de picardía, sin corresponder en apariencia al afecto de Balaclava.

La estampida de renos

Para el primer experimento, Balaclava condujo a los gólems a los Llanos del Pelennor. Fortinbras cabalgó en la grupa de uno de los caballeros de Théoden, hasta que la súbita aparición del Señor de los Nazgûl, a lomos de su ave de pesadilla, encabritó las monturas y dio con sus huesos en el suelo. Escondido tras un arbusto de artemisa, vio cómo les ocurría otro tanto a Merry y al caballero en cuyo corcel viajaba: Dernhelm. Fortinbras olió los olores de la batalla, el dulzor de la sangre de los muertos, el hedor que despedían las alas membranosas de la montura del Señor Oscuro, todo mezclado con el intenso aroma de la artemisa. Vio a Dernhelm retando al Señor de los Nazgûl revelándole que era Éowyn, hija de Éomund, y como mujer, no afectada por el sortilegio que protegía al Señor Oscuro de cualquier hombre viviente. Fascinado, Orondo se estremeció ante el tajo rápido y certero con que el que Éowyn degolló a la bestia voladora del Capitán Negro. Vio al valeroso Merry abalanzarse sobre el Señor Oscuro,

cuando este, lleno de odio, descargaba su furia sobre Éowyn. El coraje del hobbit dio a la Señora de Rohan tiempo para rehacerse y gracias a él, pudo hundir su espada entre la corona y el manto del Señor de los Nazgûl, cuyo cuerpo se desintegró.

Mientras el gemido del viento que siguió a la desaparición del Jinete Negro, resonaba en los altavoces, Olga murmuraba por lo bajo.

— Regresa ya, regresa ya. Ya es suficiente para la primera conexión. ¡Vuelve de una vez!

Pero Fortinbras no parecía pensar en ello.

Salió de su escondite tras la artemisa, vio a Meriadoc inclinado sobre Théoden, escuchando las últimas palabras del rey y se dirigió hacia donde yacía Éowyn. La incorporó con cuidado y supo que no estaba muerta por el leve aliento que empañó su brazalete pulido. Con toda delicadeza limpió sus heridas lo mejor que pudo y rasgó su camisa para entablillar el brazo que la pesada maza del Jinete Negro había roto. Mientras la atendía, presenció la agonía de Théoden y el dolor con el que Éomer se despidió de su padre adoptivo. Vio cómo fieles servidores se llevaban al rey muerto en improvisadas angarillas y dejó que recogieran el cuerpo de la Señora de Rohan y lo incorporaran al cortejo. Cuando este estuvo ya muy lejos, Orondo regresó.

— ¡Ha sido increíble! —gritó entusiasmado—. ¡Estaba allí! ¡Verdaderamente lo estaba! Pude oler el miedo de Merry cuando atacó al Señor Oscuro y cuando Éowyn acabó con él fue estremecedor. Cuidé sus heridas y la consolé y recomforté hasta que se la llevaron.

«Prepáralo todo Balaclava, quiero volver inmediatamente».

— ¡Ni lo sueñe! —cortó Olga—, ha sido la primera conexión, tengo que someterle a un examen a fondo y analizar la traza de todo el flujo de datos. No volverá a conectarse hasta que tenga la seguridad de que todo está en orden.

— ¿Cuánto tardará? —preguntó Orondo, frenético.

— Lo que haga falta, tendrá que tener paciencia.

El análisis exhaustivo de todos los paquetes de datos que habían circulado por la interface reveló deficiencias en la conexión, tal como Olga se esperaba. Era imposible que no hubiera ningún error en los millares de conexiones que componían el implante, pero no por previsible la noticia de que debía pasar de nuevo por el quirófano fue menos desconsoladora para Orondo. Esta vez la intervención duró unas pocas horas,

pero fue poco consuelo para Orondo cuando tuvo que enfrentarse de nuevo a la monotonía del postoperatorio.

Parte de esa monotonía alcanzó a Olga y a Balaclava. La Tierra Media era una realidad digital espléndida, un magno escenario en el que cada elemento, desde la grava de las playas del Rhûn, hasta el ojo sin párpado, estaba regido por un sistema experto bayesiano, asegurando un comportamiento autónomo y evolutivo, pero sin perder la coherencia con los hechos narrados por Tolkien. La gran exploración de lo incógnito, del secreto que se albergaba en «El Libro Rojo de la Frontera del Oeste», podía empezar. Por parte de Olga la interface estaba a punto y las pequeñas deficiencias quedarían resueltas con la segunda intervención.

Fuera por la insistencia de Balaclava, fuera por tener algo en lo que pasar el rato, Olga fue haciéndose cada vez más receptiva a los requiebros de su compañero, a pesar de lo cual, llegado el momento, hubo de ser ella la que tomara la iniciativa. En verdad, Balaclava jamás soñó que una mujer como Olga pudiera fijarse en él y daba por hecho que el suyo era un amor sin esperanza, como tantos anteriores. Su único consuelo era pensar en el burdel en el que se encerraría durante una semana cuando todo aquello acabara. Por eso, cuando una mañana, después de saludar a Olga con una cursilada, esta se le arrojó encima besándole con ansia, creyó que estaba soñando. Cuando la doctora le desnudó y le demostró todo lo que se puede aprender en los cursos de anatomía, tuvo que admitir que aquello no podía ser un sueño. ¡Su imaginación no llegaba a tanto! Tampoco una realidad virtual, no había sistema experto ducho en los sutiles refinamientos que Olga Pigariova dominaba. Balaclava creyó partir a un viaje sin retorno cuando ella le enseñó lo que en su pueblo, a orillas del Mar de Kara, llamaban «una estampida de renos».

La convalecencia de Orondo se le hizo extrañamente breve.

Cuernavilla

Al anochecer la tropa de Théoden rebasó la empalizada de Helm, defendida por Gamelin, el sensato, al frente de una tropa de nietos y abuelos pues todos los hombres en edad de luchar habían partido con Erkerbrand para afrontar al enemigo en los márgenes del Isen; poco después los caballeros ascendieron por la rampa que conducía a las puertas ciclópeas de Cuernavilla. A la grupa de la montura de Aragorn, Fortinbras miraba asombrado en todas direcciones, absorbiendo, como un recién nacido, la inmensidad de los muros hacia los que se dirigían. La escasa luz no le permitía apreciar los detalles pero su solidez no era necesario verla, se percibía por todos los poros de la piel.

El muro exterior circundaba la torre central. Cualquiera pensaría que su inmensa altura había de darle un aspecto de fragilidad, pero la simpleza de sus líneas y el tamaño de los bloques colosales empleados en su construcción, alejaban todo atisbo de levedad,

asemejándola al faro que arrogante se planta en medio del océano, dispuesto a resistir todos los embates, aun los más furiosos, y permanece incólume ante la tempestad y sus desafueros.

Aunque quedaba fuera de su vista, Fortinbras sabía que tras la fortaleza se abría el profundo cañón conocido como Abismo de Helm, de paredes inescalables, por cuyo lecho fluía la corriente del Bajo y al final del cual se encontraban las Cavernas Centelleantes en las que se habían refugiado la mayor parte de los habitantes del Folde, todos los imposibilitados para sostener una espada. Fortinbras había oído hablar del formidable murallón que cerraba la entrada del Abismo, tan grueso que por su adarve podían emparejarse cuatro caballeros al galope.

El rey se dirigió hacia la torre mientras Éomer y Aragorn se ocupaban de organizar la defensa. Los caballos quedaron a resguardo en el Abismo, las tropas fueron distribuidas con la sensatez y el buen tino que la experiencia daba a los dos adalides. No olvidaron preocuparse de que el rancho circulara entre los hombres, la noche se avecinaba larga y un estómago vacío es mal compañero para el guerrero. Provistas todas las contingencias, Aragorn y Éomer, despidiendo seguridad y confianza, revistaron las defensas, dando aquí una instrucción prudente, allá un consejo atinado, al medroso reconfortaban recordándole las hazañas de su padre, al exaltado aconsejaban mesura. A todo esto asistía boquiabierto Fortinbras, que no se despegaba ni por un momento de los talones de Aragorn, cuya figura crecía por momentos a los ojos del hobbit, adornándose de tintes legendarios. Poco a poco, los destinados a ceñir corona se aproximaron hacia el extremo sur de la fortaleza, que en esa dirección se alargaba hacia el Abismo. Desde allí descendieron por la escalera que conectaba con el muro del Bajo y se reunieron con Gimli y Legolas que mataban la espera intercambiando confidencias, como tantos guerreros habían hecho en el pasado y tantos harían en el futuro, hasta en el más lejano cuando las guerras fueran extrañas y se librasen con armas bastardas, pero incluso entonces, algo permanecería inmutable: el miedo del soldado antes de entrar en combate.

En lo alto las nubes se habían amontonado y sobre sus cabezas no había más que neblina, pero asomándose por el parapeto, tal parecía que el mundo se hubiera volteado y que cielo se encontrara a los pies de la fortaleza, pues todo cuanto su vista abarcaba estaba sembrado de antorchas, tan brillantes y numerosas como las estrellas en la atmósfera límpida de las cumbres del Thirhyrne. Se oían los tambores, como el sordo golpear del mar en la costa, pero no tardó en cubrirse su resonar con ruidos más agudos, entrecocar de espadas y ayes entrecortados. Al poco, los defensores de la empalizada buscaron el refugio de la fortaleza, Gamelin, prudentemente, les había hecho retirarse, para que pudieran luchar de nuevo, no sin dejar atrás «un tendal de orcos».

Como plaga de hormigas superaban los enemigos la empalizada, ahora con las antorchas apagadas, lección que los jóvenes y viejos de Gamelin les habían enseñado a sangre. Un relámpago rompió el cielo y sus ubres hinchidas desembolsaron el agua largamente almacenada que otrora hubieran recibido labriegos honrados, como fuente

de vida y que esta noche serviría para lavar a los muertos. Con el agua llegó la primera andanada de flechas y tras ellas las escalas asomaron por el parapeto del Bajo, mas tan presto como las manadas las alzaban, los defensores las echaban abajo, cayendo con sus racimos de cuerpos semi-humanos.

Pero no era sólo en el muro del Bajo donde las hordas de Isengard presionaban. Protegidos por una enorme tortuga de escudos, los arietes habían trepado por la rampa y golpeaban las puertas con la cadencia del badajo de una gigantesca campana. Conscientes del peligro que representaba, Aragorn y Éomer regresaron a toda prisa a la fortaleza, seguidos por un desesperado Fortinbras que a duras penas logró no quedarse rezagado. Sin aflojar el paso, reclutaron un puñado de hombres con el que abandonaron la fortaleza por una pequeña poterna, disimulada al norte de la rampa. En fila de a uno, con la diestra rozando el aparejo ciclópeo de la muralla, para no perder el equilibrio y precipitarse al vacío que se abría a su izquierda, recorrieron la estrechísima senda que llevaba desde la poterna a la rampa. A Fortinbras las sienas le palpitaban por el esfuerzo que había hecho para no quedarse atrás, pero apenas le prestaba atención, pues todos sus sentidos estaban concentrados en el sendero, que la lluvia había convertido en un barrizal. El hedor de las manadas de orcos, que ni mil aguaceros hubieran podido disimular, les previnieron de la proximidad del enemigo. A una señal de Aragorn cargaron con la furia de los justos, cayendo sobre sus enemigos como un huracán cortante y punzante. Orcos y montañeses salvajes sintieron que se les venía encima una avalancha que mataba sin freno ni piedad, hicieron un amago de afrontarlos pero cuando al poco, el suelo se llenó de cuerpos decapitados y desmembrados y el agua corrió tinta por la rampa, dieron la espalda al enemigo y huyeron cuesta abajo. Aragorn ordenó rematar a los heridos y nadie protestó tan cruel decisión. Si alguno sintió un atisbo de piedad, no tuvo más que pensar en lo que ocurriría si las huestes de Isengard llegaban a las Cavernas Centelleantes en las que se refugiaban las mujeres y los niños y al instante los dedos fríos del odio exprimían cualquier humanidad que quedara en sus corazones. Todos se apresuraron a obedecer, todos menos Fortinbras que permanecía inmóvil bajo la lluvia, con los nudillos emblanquecidos en torno a la empuñadura de la espada por cuya hoja el agua corría enrojecida. Temblaba de pies a cabeza con la mirada fija en el orco desparramado a sus pies, muerto de una estocada en el vientre por la que se escapaban los intestinos como serpientes blancuzcas.

Olga miraba fascinada a Fortinbras en el monitor de Balaclava, sin quitar un ojo del suyo propio, donde el Sniffer volcaba retazos del flujo de datos que entraba y salía de la corteza somatosensorial de Orondo.

— Está a punto de sufrir un colapso.

Se levantó y se acercó al diván en el que el cuerpo de Orondo parecía sumido en un profundo trance. Examinó el monitor cardíaco y el trazo encefalográfico.

— Está sometido a una tensión muy alta, creo que puede resistirla, pero sería preferible que volviera cuanto antes. ¿«El Señor de los Anillos» es así? No me lo imaginaba tan cruel y descarnado.

Balaclava se encogió de hombros.

— Es la visión de Orondo, no la de Tolkien. Será mejor que vengas a ver esto.

* * *

Aragorn y los suyos se retiraban hacia las brechas que los arietes habían logrado abrir en las grandes puertas. Alguien empujó a Fortinbras haciéndole reaccionar, pero antes de que el grupo se pusiera a salvo, las sombras que cubrían el suelo se estremecieron. Al amparo de la noche y la lluvia algunos orcos supervivientes habían logrado disimularse entre los cadáveres de sus compañeros. Varios de ellos se abalanzaron sobre Aragorn, intentando cobrar la pieza más preciada. Fortinbras, el más rezagado, apenas había reaccionado cuando una sombra pasó a su lado blandiendo un hacha que segaba orcos como la hoz siega espigas. Gimli, el enano, había seguido al grupo pero había preferido ser espectador de la escaramuza... Hasta ese momento. Como si algo de su furia quedara en la estela que dejaba atrás, Fortinbras se lanzó a la pelea, buscando carne de orco en la que hundir su espada. El enano no dejaba mucha, al menos no con vida, pero uno de los que habían sobrevivido a su paso, se encaró con Fortinbras. Entre la oscuridad y la lluvia, este no vio el hacha hasta el último momento, en un súbito reflejo tiró una estocada que alcanzó al energúmeno en el brazo, torciendo el curso del arma que golpeó a Fortinbras de plano en un lado de la cabeza. Afortunadamente para él, el orco no pudo repetir el golpe porque una espada anónima surgió de la noche y le atravesó los riñones. Fortinbras trastabilló por la rampa, conmocionado, hasta derrumbarse inconsciente en un lateral, muy cerca del arranque de la senda de la poterna. Con la inesperada ayuda de Gimli, los últimos orcos fueron masacrados y el grupo se refugió en la fortaleza, apresurándose a taponar, con rocas y grandes maderos, las brechas abiertas por los arietes. Ninguno se percató de que el hobbit se había quedado fuera. ¡Tenían otras cosas en las que pensar! Preocupados, subieron a la muralla y vieron cómo los asaltantes se reorganizaban. Poco después una compañía ascendía por la rampa, dispuestos a poner de nuevo los arietes en funcionamiento.

Olga analizaba preocupada los registros clínicos de Orondo.

— Lo está soportando, mal, pero resiste. Su cerebro ha acusado la conmoción, parte de las órdenes para producir endorfinas han desbordado mis barreras y han llegado a sus propias glándulas endocrinas, pero el nivel todavía no es preocupante. Hay que ponerle a salvo, puede salir de esta, pero no resistirá otro trauma semejante.

Balaclava se acarició la nuca con la mano izquierda.

— Eso no va a ser sencillo.

Los orcos que subían para hacerse cargo de los arietes ocupaban todo el ancho de la rampa. Pasarían por encima de Fortinbras que seguía inconsciente... Si no le veían antes.

Olga le transfirió un fichero a Balaclava.

— ¡Mete esto en su flujo de datos!

— ¿Qué es? —preguntó este, mientras le daba un vistazo de rutina.

— El equivalente a una inyección de adrenalina. Le reanimará en el acto.

— ¿Y Orondo?

— Resistirá... Espero.

Fortinbras abrió los ojos de golpe y lo primero que vio fue a los orcos, subiendo pesadamente por la rampa, protegiéndose con los escudos de las flechas que ya empezaban a caer de la muralla. Sentía un dolor terrible en la parte derecha de la cabeza, donde había recibido el golpe y tenía toda la parte izquierda del cuerpo paralizada, como consecuencia de la hemorragia masiva que se había desatado en su cerebro. Le quedaban pocas horas de vida, pocas y dolorosas, pero si no se apartaba de la rampa, ya no le quedaría ni eso. El ritmo de los tambores le producía terribles dolores, como si golpearan directamente sobre su cabeza. Apretó los dientes y reptó lentamente en dirección a la senda de la poterna, pero estaba demasiado débil como para intentar recorrerla completa, apenas se distanció un tanto de la rampa se agazapó detrás de un peñasco. Allí estaría fuera de la vista durante la noche, pero a la luz del día todo sería diferente. A pesar de la adrenalina, perdió de nuevo el conocimiento.

Olga y Balaclava se miraron durante unos instantes. Fue ella la que se atrevió a decir lo que ambos pensaban.

— Si Orondo muere, no veremos ni un céntimo. ¿Cuánto crees que le queda de vida a Fortinbras?

Balaclava consultó los datos informáticos que representaban las constantes vitales del hobbit.

— La hemorragia cerebral está aumentando la presión intracraneal, necesita urgentemente una trepanación, de lo contrario entrará en coma dentro de algunas horas y morirá al cabo de dos o tres días.

— Tanto nos da lo que dure el pequeñajo, no creo que Orondo resista una conexión tan prolongada. En los experimentos con animales, ninguno sobrevivió a más de diez horas de conexión. ¿No puedes hacer algo desde aquí?

— Mientras Fortinbras está en coma, Orondo le imita, gracias a tu interface. Necesitamos sacar al gólem del coma el tiempo suficiente para que Orondo se haga cargo de la situación y manifieste conscientemente el deseo de regresar. No puedo alterar la configuración de Fortinbras hasta ese punto, no sin reiniciar el sistema. Tengo cierta flexibilidad con el contexto y con los gólems que no están involucrados en este escenario, pero nada más. ¿No podemos tirar el sistema y desconectar a Orondo?

— ¡Imposible! Eso le produciría un shock que le mataría en el acto. Podemos actuar ejecutando simuladores de drogas en la interface, como hemos hecho antes, pero sus efectos secundarios desorientarán a Orondo y no ayudarán a Fortinbras: lo que necesita urgentemente es una trepanación que alivie la presión causada por la hemorragia.

Las pupilas azules de Olga se volvieron diminutas.

— Tengo que ir a buscarlo.

— ¿Qué quieres decir con eso?

La mujer apartó el pelo de lo alto del cráneo.

— Tengo un implante instalado, ¿cómo crees que puse a punto la interface?

Balaclava silbó asombrado.

— No pensé que estuvieras tan loca. De todas maneras es imposible, sabes perfectamente que tardé semanas en insertar a Fortinbras en el modelo. Además, no puedo hacerlo en plena ejecución, ya te lo he dicho.

— Pues conéctame con un gólem que ya exista, busca alguno que se ajuste a mi perfil. Balaclava sopesó la idea.

— Es imprescindible que sea una mujer —dijo, pensando en voz alta—, de lo contrario tendría que rediseñar el sistema hormonal.

— Tiene que saber luchar —objetó Olga—, debe sobrevivir en esa batalla y conseguir llegar hasta Fortinbras y parece que Tolkien no era muy partidario de las mujeres guerreras.

— Hay una —respondió Balaclava—: Éowyn, la hermana de Éomer.

— ¿Está en la fortaleza? No la he visto en ningún momento.

— No, ella quedó en Edoras, pero puedo situarla en Cuernavilla, no es fácil, pero puedo hacerlo.

— ¿No tendrías que reajustar a todos los personajes con los que hubiera tenido contacto, especialmente aquellos que la conozcan?

— Sí, es así, pero puedo hacer una cosa: Éowyn se queda en Edoras de mala gana, ella quiere participar en la guerra, puedo hacer que se vista de hombre y que se mezcle de incógnito entre la tropa de Théoden. Su diseño ya contempla esa posibilidad, lo viste en la primera conexión, en el combate con el Señor de los Nazgûl, de esta manera es un caballero anónimo más y su impacto sobre el resto de los gólems es mínimo.

Olga analizó el proyecto, intentando buscar puntos flacos.

— Cuando logre llegar hasta Fortinbras, tendré que hacerle una trepanación, pero no tendré control suficiente sobre ella para guiarla en cada movimiento. ¿Crees que Éowyn será capaz de hacerlo?

Balaclava asintió.

—Tiene aptitudes naturales para la medicina, aunque en esta fase todavía no han aflorado, pero puedes contar con su instinto.

— ¡Tendrá que ser suficiente! Yo me encargo de ajustar mi interface con su red bayesiana, tú lleva a Éowyn a Cuernavilla. ¡Ah! No olvides ponerle un trépano en el bolsillo.

En el Abismo de Helm la noche avanzaba poblada de dolor. Los atacantes pusieron por tres veces pie sobre el adarve del muro del Bajo y por tres veces fueron rechazados a golpe de espada. Afortunadamente, la barrera de rocas y maderos que se había levantado detrás de las grandes puertas principales había hecho inútil el trabajo de los arietes. La lluvia cesó y la luna se abrió paso a través de las nubes iluminando con fría indiferencia aquel rincón de las montañas en el que un puñado de razas se jugaban el destino de la Tierra Media.

En uno de aquellos ataques, un grupo de orcos aprovechó la confusión para penetrar en el Abismo por el túnel de desagüe del Bajo. Legolas, con Gimli y Gamelin fueron tras ellos, uniéndoseles un caballero joven, de fulgurantes ojos grises. Todos recordaban haberle visto entre los caballeros del rey, aunque desconocían su nombre, pero no era momento de presentaciones. Cayeron sobre los orcos cual lluvia de demonios, con el hacha de Gimli perdiendo filo a fuer de tanto cortar hueso de orco, eficazmente apoyado por la espada del joven caballero y la maza de Gamelin. Viendo que ellos tres se sobaban, Legolas reservó sus flechas para mejor ocasión y regresó al muro. Poco después volvían los otros, con Gimli muy ufano a la cabeza, convencido de haber alcanzado a Legolas en la peculiar competición que ambos mantenían, pero el alto elfo le desengañó pues arriba del muro había sido necesario sacar los puñales y varios orcos muertos daban fe de la ventaja que de nuevo le sacaba al enano. Éowyn se estremeció de la facilidad con la que competían por arrebatarse vidas y por un instante el fulgor de sus ojos grises se nubló ligeramente.

— ¡Ya está Éowyn en Cuernavilla! —exclamó Balaclava—. Parece que no hay incoherencias.

— ¡Estupendo! —respondió Olga—, la interface ya está ajustada.

Por el valle del Bajo atisbaba la primera claridad cuando un trueno resonó en la muralla que cerraba el Abismo. Trozos de roca y humo volaron por los aires: el enemigo había hecho uso de la brujería para forzar la caída de la ciudadela, utilizando el fuego de Orthanc para derrumbar una buena porción de la muralla. Un río de asaltantes se desparramó a través de la brecha al tiempo que el parapeto se llenaba de escalas. Pronto los defensores fueron desbordados y tuvieron que replegarse hacia el extremo norte, a la escalera que daba acceso a la fortaleza. No todos lo lograron, un grupo, en el que se encontraban Gimli, Éomer y Gamelin debieron huir hacia el Abismo. Aragorn, Legolas y Éowyn se detuvieron en los primeros escalones, dispuestos a proteger la evacuación. Éowyn quedó paralizada por un instante, y luego recuperó el control de sí misma. Fue algo tan breve que ninguno de sus acompañantes se percató de ello. Tampoco tuvieron mucho tiempo. Los últimos defensores ascendían por la empinada rampa con sus heridos, mientras un pelotón de orcos intentaba darles alcance, pero se encontraron con las espadas de Aragorn y Éowyn y las flechas de Legolas. Olga comprendió inmediatamente que la huida era impensable, so pena de despertar las sospechas de Aragorn; darle carta blanca a Éowyn parecía ser la mejor opción por el momento. El elfo había subido unos escalones para elegir sus blancos desde cierta altura mientras Aragorn y Éowyn blandían los aceros. Andúril abría pasillos en la masa compacta de orcos y los que intentaban evitar su furia, caían al alcance de Éowyn que tajaba a discreción, indiferente al charco de sangre que se extendía a sus pies. Fue ese charco precisamente el que casi provoca la pérdida de Aragorn. Los orcos, avasallados por la saña de los humanos, cedían terreno hasta que volvieron la espalda e intentaron

huir de sus aceros. Aragorn salió tras ellos, pero resbaló en la sangre quedando tendido en el suelo, cuan largo era. Los atacantes se percataron y al instante volvieron sobre sus pasos, pero ya Éowyn se les había adelantado: pasando por encima del caído en dos ágiles zancadas, blandía la espada en arcos centelleantes a la luz de la luna que con suavidad de seda segaban las gargantas de los más atrevidos. De atrás presionaban, pero la segunda línea tropezaba con los cuerpos de los que habían intentado entrar en aquel círculo de muerte lo que les convertía en presas fáciles. De tanto en tanto, uno de ellos caía con el cuello atravesado por una flecha. Legolas las economizaba con avaricia y no soltaba la cuerda hasta tener el blanco seguro. Cada silbido era una vida que abandonaba la muralla. Tras Éowyn, Aragorn se recuperó no sin cierta dificultad, primero rodilla en suelo y luego incorporándose cuan largo era, con Andúril alzada al cielo nocturno. Los orcos amedrentados por aquellos guerreros y por los silbidos que rítmicamente les traían la muerte, volvieron la espalda definitivamente.

Una vez en la seguridad de la fortaleza, Aragorn se dirigió a la torre para entrevistarse con Théoden mientras Legolas y Éowyn se tomaban un momento de respiro. Para evitar verse inmersa en una conversación enojosa, Olga indujo a Éowyn a interesarse por los heridos lo que consiguió sin dificultad, tanto por la predisposición natural mencionada por Balaclava, como porque a la propia Éowyn no le interesaba responder a ciertas preguntas. Al rato volvió Aragorn y les comunicó la decisión del rey:

— Al despuntar el sol por las montañas, el Cuerno de Helm sonará como antaño y el rey y todos sus caballeros cargarán contra las huestes de Isengard. Si los rohirrim han de morir, será a caballo.

— ¿Cabalgarás con ellos? —pregunto Legolas.

Aragorn asintió.

— Aquí dentro nos cazarán como a conejos, en una carga desesperada nos queda la esperanza de atravesar sus líneas.

— Entonces te acompañaré, este lugar no me gusta y no me gustará a la luz del día. Lo único que lamento es que a caballo mi arco sea menos efectivo.

Luego Aragorn se dirigió a Éowyn.

— No conozco tu nombre, joven caballero y es mal lugar y peor momento para presentaciones, pero en el muro me salvaste la vida y me honrarías cabalgando a mi lado.

Éowyn sacó la espada, ofreciéndosela a Aragorn por la empuñadura.

— Mi espada y mi corazón son tuyos.

Aragorn tocó con dos dedos la empuñadura y miró el rostro del joven caballero. A la luz temblorosa de las lejanas antorchas apenas eran visibles los fulgurantes ojos grises, que le traían un vago recuerdo... Pero no era posible.

— El amanecer está próximo, amigos —exclamó al cabo—, pero hasta entonces debemos seguir resistiendo.

Los atacantes plantaban las escalas una y otra vez, indiferentes al talud de cuerpos que crecía al pie de las murallas. Éowyn y sus compañeros llevaron sus flechas y sus aceros allí donde la presión era mayor, desequilibrando siempre la balanza a favor de los defensores. Olga estaba fascinada y asqueada a partes iguales por la ferocidad de los combates y del empeño con el que Éowyn se lanzaba a ellos y se sentía incapaz de obligarla a adoptar una actitud más prudente. A cada segundo que permanecía conectada con la Señora de Rohan, Olga sentía cómo la pasión y el compromiso de los que luchaban por la libertad de la Tierra Media la embargaba más y más.

En una pausa de los combates, cuando la claridad del alba ya permitía discernir a atacantes y defensores, Aragorn se encontró sobre el arco superior de las puertas, el punto más alto del muro exterior. Miraba hacia el este, esperando el primer rayo de sol, pero los de Isengard creyeron que deseaba parlamentar y se vio obligado a responder a sus insultos y bravatas. Estaba enzarzado en ello cuando una línea de luz pura desbordó el soberbio cerro que remataba la línea de cumbres del horizonte. En lo alto de la torre de la fortaleza mugió el cuerno que le daba nombre.

De todas partes se alzó griterío.

— ¡A los caballos! ¡A los caballos!

— Cabalguemos con el rey.

— ¡Por Rohan y Théoden!

El lamento del cuerno reverberó en las paredes del Abismo, hasta que sus ecos llenaron las montañas del Thrihyrne como la nieve las llena en el invierno.

Aragorn bajó del arco y al instante siguiente un fuego cayó del cielo en el mismo punto donde él se había encontrado, destrozando las puertas.

Por el camino, súbitamente expedito, se lanzó Théoden a la cabeza de los rohirrim, seguidos por todos los defensores de la fortaleza. Olga intentó que Éowyn se quedara rezagada, pero no fue capaz de poner el empeño suficiente en ello. Con sorpresa no exenta de temor, advirtió que no quería quedarse al margen. Sin alejarse de Aragorn y Legolas, guió su montura por el lado norte de la rampa, segando cabezas, escuchando como los cascos de su corcel aplastaban los cuerpos caídos.

Delante de ella, un ágil montañés se agarró al cuello del caballo de Legolas y luchaba por expulsar a este de la grupa. Estorbado por el arco, Legolas no lograba desenvainar el puñal. Éowyn espoleó su montura y se puso a la par con el elfo. Largó un mandoble tan fuerte que el brazo del montañés se separó de su hombro.

La carga estaba teniendo un efecto inesperadamente amedrantador sobre los atacantes, cuyas primeras filas vacilaron ante aquella avalancha de furia y hierro. Al pie de la rampa los jinetes de Rohan eran un afilado estilete que se hundía profundamente en las líneas enemigas, pero los que venían detrás se desparramaron como un manto de inundación. Haciendo gala de la misma saña que los rohirrim, atacaron por la espalda a las compañías de orcos y montañeses que todavía pugnaban por asaltar las murallas. Pronto se hizo evidente que el enemigo retrocedía y no tardó en volver la espalda y huir a la carrera.

Llegando a la empalizada, Olga recordó cuál era su auténtica misión y forzó a Éowyn a volver a grupas y subir la rampa hasta la senda de la poterna. Allí descabalgó y no tardó en descubrir a Fortinbras, inconsciente y agazapado tras el resalte rocoso. Allí mismo, Éowyn extrajo el trépano que llevaba entre sus ropas y sin molestarse en tomar ningún tipo de precauciones lo aplicó sobre el cráneo del hobbit, guiada por su instinto natural, reforzado por las indicaciones generales que Olga ponía en su mente. Cuando la broca atravesó el hueso craneal manó un chorro de sangre negra, llena de cuajarones.

Balaclava observó el descenso de la presión intracraneal de Fortinbras y, casi al instante, el sistema registró una recuperación parcial de la movilidad de la parte derecha de su cuerpo. Tal como había acordado con Olga, en ese momento Balaclava ejecutó la rutina que simulaba una inyección de adrenalina en el organismo de Orondo, transmitiéndose la reacción de este al cuerpo de Fortinbras. El hobbit abrió los ojos en medio de temblores convulsivos. Ahora venía la parte más difícil de la operación. Olga no podía hablar por boca de Éowyn, tan solo poner en su mente indicaciones generales así que Éowyn habló largo rato a Fortinbras de la Comarca y del ansiado regreso a casa. Orondo captó el sentido real del mensaje y abandonó el gólem.

En cuanto la interface registró que Orondo había cesado el vínculo con Fortinbras, Balaclava corrió a desconectarle físicamente. Comprobó que sus constantes eran estables y regresó a la consola.

Rápidamente tecleó algunos comandos y Fortinbras expiró en brazos de la Señora de Rohan. Era la señal convenida, inmediatamente Olga cortó la conexión con Éowyn que se sintió algo sorprendida al encontrarse en la senda de la poterna con un hobbit muerto entre los brazos. Cargó con el mediano hasta la rampa y lo dejó allí, entre los muchos otros cuerpos caídos.

Al fondo del valle, más allá de la empalizada, Gandalf el Blanco, resplandeciente, acababa de irrumpir con Erkenbrand y los restos de su ejército, lo que había sobrevivido

a la batalla de los vados del Isen. En combinación con las fuerzas de Théoden que cargaban desde Cuernavilla, fueron suficientes para empujar a las huestes de Isengard al extraño bosque que había aparecido en el valle del Bajo.

Éowyn vio a las falanges de orcos y montañeses entrar en las sombras del bosque para no salir nunca más. Luego montó a caballo para regresar a Edoras, pasando completamente desapercibida.

El fin de la cuarta edad

Desconecté el implante de Olga y su cuerpo volvió a la consciencia entre mis brazos. Mientras besaba sus labios, abrió los ojos y sus pupilas azules me miraron con la pasión de los últimos días, pero había en ellas un matiz extraño, una luz que no estaba allí antes de conectarse con Éowyn.

— ¡Se ha terminado! —oí exclamar a Orondo, antes de que pudiera preguntarle nada a Olga—. ¡Esto ha sido una locura! No pienso regresar nunca más. ¡Quiero que borre todo el sistema inmediatamente!

Olga se libró de mis brazos y acudió junto a Orondo, tomándole de ambas manos.

— No, por favor —suplicó—. No puede hacer eso, es un mundo vivo, vivo y habitado. Usted ha estado allí y lo sabe, me entiende perfectamente.

Orondo la contempló estupefacto, luego se dejó caer pesadamente en un sillón.

— Usted es la que no lo puede entender. Esto ha sido un fracaso absoluto, ese mundo no es la Tierra Media. Es un mundo lleno de hombres violentos que matan de cerca, sin ninguna piedad, ensuciándose con la sangre de sus enemigos mientras escuchan sus gritos de dolor. Esos no son los héroes de mis sueños, dejarlos vivir sería permitir el fin de la Cuarta Edad, de la Edad del Hombre.

Vi a Olga erguirse en toda su estatura, sus manos se crisparon apretando las de Orondo hasta que este hizo una mueca de dolor y miró, temeroso, a Olga. Tropezó con unos ojos fulgurantes, ojos que habían perdido su azul original tornándose grises. Recordé entonces a Éowyn cargando rampa abajo, hacia la empalizada y comprendí. Comprendí y temí por la vida de Orondo. Quise decir algo pero en ese momento las manos de Olga se relajaron, sus ojos siguieron grises pero el fulgor se tornó divertido y en sus labios se dibujó una sonrisa.

— La Tierra Media continuará viviendo —no era una orden, pero no admitía réplica— y usted vivirá en ella.

— ¡No por favor! —suplicó Orondo—. No me haga volver allá, no lo soportaré.

— No se preocupe —el tono era afectuoso—, hay un lugar para usted en la Tierra Media: Balaclava conectará su interface con el gólem de Tom Bombadil.

Yo asentí distraído, estaba demasiado ocupado pensando en los ajustes necesarios para conectarme con Faramir.

¿Qué sería lo más parecido en la Tierra Media a una «estampida de renos»?